



EL RELOJ ROBADO DE PASSEPARTOUT

‘Elik G. Troconis’



www.normainfantilyjuvenil.com/mx



Capítulo 1

Donde se cuenta todo lo que ha de saber
el lector para entrar —literalmente,
como se verá después— a esta nueva novela

En el año 2023, la habitación más amplia y —es importante decirlo— más iluminada del departamento 5 del tercer piso del número 37 de la calle Juan Duque de Madrid era habitada por Elik Troconis, quien, como notarán los lectores atentos, no era otro sino yo, el mismo que escribe este comienzo de novela.

Meses antes de mi llegada a España, había disfrutado en México el éxito de mi novela más reciente: *La joya robada*. Son pocos los sitios en los que consta su subtítulo, así que aprovecho estas páginas para consignarlo: *capítulos verdaderos del crimen que investigó el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En efecto, para esta novela retomé a 16 personajes de Cervantes y, como dicen en el argot policiaco, lancé en medio de ellos un cadáver. El detective, nadie menos que el ilustre caballero, debía investigar con su ayudante Sancho cuál de los otros personajes era el asesino. Transformé a don Quijote en detective y lo

puse a realizar divertidos disparates en medio de inspecciones de la escena del crimen e interrogatorios.

Ganadora del último Premio Nacional de Literatura para Jóvenes Fenal-Norma, esta novela comenzó a moldear mi destino como escritor sin que lo supiera. Poco a poco se gestó en mí la idea de continuar escribiendo por ese mismo camino, uniendo dos de mis pasiones: los clásicos y el género policiaco. Y decidí entonces emprender el proyecto de una serie de novelas en las que retomara clásicos de la literatura universal y les insertara un pequeño, inocente y terrible crimen. En más de una entrevista y presentación, cuando llegó la obligada pregunta de qué vendría después de *La joya robada*, me atreví a decir que imaginaba *La vuelta al mundo en 80 días* como la siguiente historia por ser intervenida.

Porque han de saber que el gran clásico de Jules Verne es una de mis novelas favoritas. Mi historia a su lado, sin que yo lo supiera, comenzó cuando apenas era un niño. Recuerdo que, cuando mi papá nos llevaba en auto a la escuela a mi hermano y a mí, subíamos un largo puente que nos elevaba por las alturas de la Ciudad de México y nos permitía ver el radiante amanecer a las siete de la mañana. “Como una moneda de oro, ¿no?”, decía mi papá, señalando el sol. Y mi hermano y yo asentíamos, encantados con el símil. Pasaría mucho tiempo, unos 15 años, antes de que leyera durante la maestría *La vuelta al mundo en 80 días* y me percatara de que mi papá extrajo aquella

comparación del capítulo xxvii: “El disco solar, ensanchado por las nieblas, parecía una enorme pieza de oro”.

Aquella lectura resultó capital para mí. Tengo grabada la imagen de mí mismo sentado y acostado sobre la cama en todas las posiciones posibles mientras seguía el andar de *mister* Fogg por el mundo. Aquel año de maestría fue el primer periodo en que conscientemente me aboqué a aprender a escribir y Verne quedó en mi memoria como un gran maestro. Mi gusto por esta historia fue tal que dos años más tarde, cuando fundé mi círculo de lectura, la seleccioné para el primer programa de clásicos del siglo xix.

Ambas lecturas me dieron la oportunidad de reflexionar en torno a la pericia de su autor. Quise leerla “con destornillador”, como decía Gabriel García Márquez que debe hacer un escritor con cualquier libro. ¿Cómo funcionaba ese artefacto literario de los años 1800 titulado *La vuelta al mundo en 80 días*? ¿Qué lo hacía tan bueno y efectivo?

La historia, a grandes rasgos, es la siguiente. Gracias a la inauguración del canal de Suez, la culminación del ferrocarril que atraviesa la India y la terminación de las vías que cruzan Estados Unidos, un artículo en *The Morning Chronicle* anuncia que la vuelta al mundo puede hacerse en 80 días. Algunos *gentlemen* del Reform Club de Londres lo consideran imposible, pero *mister* Phileas Fogg sostiene su viabilidad, incluso considerando imprevistos como

el mal tiempo, descarrilamientos y hasta ataques de los indios. Como demostración, afirma que él mismo hará el viaje en ese tiempo, sellando así una apuesta con aquellos *gentlemen*: nuestro protagonista pone sobre la mesa 20 000 libras, la mitad de su fortuna, a sabiendas de que necesitará la otra para llevar a cabo el milagro.

Así, *mister Fogg*, flemático, lacónico y preciso hasta el extremo, comienza a dar su vuelta al mundo junto con Passepartout, el sirviente francés que ocupa el cargo ese mismo día y espera encontrar serenidad con su nuevo amo. Verne comienza a narrar el viaje a partir del canal de Suez, donde se suma una complicación: *mister Fogg* tiene detrás al inspector Fix, quien está seguro de que es el responsable del tremendo robo de 55 000 libras al Banco de Inglaterra y planea capturarlo.

Los viajeros llegan a la India. Cruzan una parte del territorio en ferrocarril hasta que las vías se interrumpen y deben continuar a lomos de elefante. En el trayecto se encuentran con un *sati*, ritual en el que están por incinerar a la viuda de un hombre recién fallecido, junto con el cadáver, pero los viajeros salvan a la mujer, Aouda, y termina por unirse al viaje.

Nuestros personajes superan continuamente peligros que amenazan con arruinar el minucioso plan de *mister Fogg*. Poco a poco logran abrirse paso por países como China, Japón, Estados Unidos e Irlanda, hasta que finalmente llegan a Londres.

Ahora bien, es posible notar dos elementos que ponen presión sobre la travesía y que hacen de esta un recorrido tan emocionante: por un lado, la premura de llegar antes de que se cumplan los 80 días; por otro, la persecución de Fix. Los críticos sólo suelen señalar el primero, sin darse cuenta de que la apuesta funciona como una bomba de tiempo y que Fix recorta continuamente la mecha.

Hay otro elemento digno de ser alabado. Hoy por hoy, cuando son comunes los viajes en avión de un país a otro e incluso de un continente a otro, no es difícil entender los cambios de horario ni tampoco que, si diéramos la vuelta al mundo avanzando en dirección este, ganaríamos un día, mientras que, si lo hiciéramos en sentido opuesto, perderíamos la misma cantidad de tiempo. ¡Imagínense eso en 1872, el año en que se publicó la novela! Creer aquella información habría sido un poco difícil. Pero, ¡oh!, Verne se las ingenió para instruir al lector en esos asuntos, algo vital para el final del libro. Y lo hizo a través de un elemento diminuto, sin importancia aparente: el reloj de Passepartout, un bellissimo objeto de familia fabricado en plata. No les diré exactamente cómo. Para eso mejor hay que leer la novela original, que Verne escribió como yo nunca podría.

Como ven, *La vuelta al mundo en 80 días* me parecía una novela sensacional, digna de ser retomada. Escribir una nueva historia con sus personajes me parecía un homenaje que le debía. Y por ello,

desde antes de viajar a España, en 2023, comencé a darle vueltas, todavía no al mundo, pero sí al asunto, sobre todo a la pregunta de cuál sería el crimen de mi nueva novela.

Llegué a Madrid. Comencé el proceso de investigación. Lo primero que hice fue comprar una edición de *La vuelta al mundo en 80 días* pues, por extraño que parezca, no poseía ninguna. La primera vez la leí en un ejemplar de las bibliotecas públicas de Madrid y la segunda, en formato digital. ¿Me creerán si les digo que fue difícilísimo hallar una buena edición? La mayor parte de las librerías tenía tan sólo versiones *ultrahipermegarresumidas* destinadas a niños y jóvenes. Por fin di con un hermoso ejemplar de tapas azules publicado por la editorial Gribaudo que, precisamente para distinguirse de cualquier otra, señalaba en la portada: “Texto íntegro”. Sin embargo, no dejaba de levantar terribles sospechas que también mostrara un globo aerostático. Siento arruinar de manera tajante la adolescencia de cualquiera que no ha leído el original de Verne, pero en ningún momento de la historia aparece un globo como ese ni de ningún otro tipo. Tengo la impresión de que algún bobo confundió el globo terráqueo que aparece en la portada de la edición original francesa con uno aerostático, o quizá confundió la historia con otra de Verne: *Cinco semanas en globo*. Y luego los editores, diseñadores e ilustradores de nuevas portadas —que no siempre se toman el tiempo de leer los libros en que trabajan—

replicaron el error, a tal grado que hasta la película de 1956 con Cantinflas incluye unos diez minutos de vuelo en ese vehículo.

En fin... Me hice de mi edición y también me di a la tarea de buscar otra en francés. Con *La joya robada* había hecho un intento por asimilar y reproducir el ritmo de la prosa de Cervantes, ¡el maestro!, e incluso algunas de sus construcciones gramaticales. Si ahora quería escribir algo a partir de la obra de Verne, debía meterme en su original. Sólo de esa forma sabría de verdad cómo escribía el gran autor galo, qué tipo de palabras usaba, cuál ritmo imprimía en sus oraciones y de qué manera hacía hablar a sus personajes. Buena oportunidad para desoxidar el francés que ya comenzaba a olvidar.

Aquella búsqueda, como imaginarán, fue todavía más difícil, pero luego de un largo peregrinaje en pos de la santa obra, encontré en la librería Pasajes, especializada en libros internacionales, una edición que, además y tal como yo deseaba, incluía los grabados que acompañaron la publicación original. Ese texto y aquellas ilustraciones eran la semilla que hizo imaginar a miles de lectores los viajes de *mister Fogg* y *Passepartout*.

Me armé de un tercer elemento: para fortuna de los lectores más entusiastas y menoscabo de su usualmente precario bolsillo, la editorial M&S Aventuras Literarias lanzó una colección de mapas literarios entre los que se encuentra uno de *La vuelta al mundo*

en 80 días. Cuando desplegué el planisferio de casi un metro cuadrado, por poco me desmayo del gusto. Y también de la impresión cuando volví a casa e hice cuentas, pues vi que, tal como decía Passepartout sobre lo mucho que pagaba *mister* Fogg para librarlo de aprietos, esto ya estaba resultando decididamente caro.

Armado de todos mis instrumentos, releí con atención el libro traducido al español. Página por página, comencé a buscar cuantos elementos me proporcionarían material para mi propia novela y, en particular, para definir el crimen que tendría lugar. Subrayé las descripciones físicas de los personajes, registré la velocidad de los barcos de vapor y anoté escalas y obstáculos.

Al mismo tiempo me iba preguntando cómo me apropiaría de los personajes. Si escribiría una nueva novela, estos también debían ser nuevos; basados en los originales, sí, pero distintos. Ahora serían mi Fogg, mi Passepartout, mi Aouda y mi Fix... Con *La joya robada* aprendí que una de las mayores tensiones en un proyecto de esta índole surge de la decisión de en qué medida respetar la identidad de los personajes originales. Había dejado casi intactos a don Quijote y a Sancho, pero debí modificar un poco al resto. A Dorotea la hice orgullosa; al oidor, intrigante; al ventero, insolente. ¿Cómo transformaría a mis nuevos personajes esta vez? Porque sí: ahora yo era su creador y ellos eran míos.

Entre otras cosas, me di cuenta de que, curiosa-mente, al escribir en español y no en francés, como Verne, se me abría una posibilidad muy rica: hacer hablar a Passepartout con galicismos. En la novela original es obvio que todos hablaban en francés, aunque el muchacho fuera el único de esas tierras, pero en la mía sólo él lo haría y eso lo distinguiría. A diferencia de otros personajes que usarían fórmulas como “señor” o “señora”, Passepartout iría por el viaje pronunciando “*monsieur*” y “*madame*”. Diría “*oui*”, “*bonjour*”, “*pardon*”. Y a *mister* Fogg le pasaría otro tanto con los anglicismos: lo imaginaba a la perfección llamando “*my dear*” a todo el que se le cruzara en el camino.

En cuanto a los diálogos de Aouda, resultaría más difícil, porque yo no conocía más que unas cuantas palabras en hindi. Sin embargo, decidí que podía hacer que constantemente usara referencias al hinduismo y a la historia de su país. Y Fix... Fix era inglés, aunque si lo ponía a usar palabras en su idioma se confundiría con *mister* Fogg. Hmmm... Bueno, ya luego vería qué hacer con él. No era nada urgente por definir.

Por otro lado, quise idear para *mister* Fogg alguna historia que mostrara que no era cien por ciento un autómatas; algo debía inventarle que probara que él también tenía su corazoncito. Podía... ¡Uf! ¡Sí, sí! Poco a poco estos personajes adquirirían color y vida, mientras se aprestaban para saltar a la realidad de una nueva obra, a una segunda existencia. Y yo me emocionaba más y más con cada idea que saltaba en mi mente.

Imagínenme, queridos lectores. Imagínenme lee y lee, piense que piense, en medio de los carteles con fotos de escritores que tenía en la iluminada habitación de Juan Duque 37, piso 3, departamento 5.

La tarde a la que ahora llamo su atención me encontraba leyendo el capítulo XVI, aquel en que, tras el heroico rescate de Aouda, nuestros personajes llegan a Allahabad. En los breves momentos de que disponen, Passepartout se encarga de hacer unas compras, pues él y su amo salieron de Londres con apenas dos camisas de lana, tres pares de calcetines y poco más. Junto con las 20 000 libras de que disponen para dar la vuelta al mundo, todo va en una bolsa de viaje que Passepartout jamás suelta. En cuanto a ropa interior, seguro que ni Passepartout ni *mister* Fogg la usaban, pues Verne no menciona nada.

Detuve la lectura y puse las manos sobre la computadora para anotar que Allahabad tenía un significado especial para el hinduismo. Mientras presionaba las teclas, oí un ruido del lado izquierdo, justo donde había colocado el libro de tapas azules. No le di importancia. Sin embargo, el sonido continuó. Giré la mirada. Me pareció que la tapa temblaba un poco.

Debía estar imaginando cosas. Me desengañé de inmediato de mis tonterías y seguí escribiendo.

Hasta que la realidad fue innegable.

De pronto, oí una voz:

—*Pardon, monsieur!*



Capítulo 2

En el que me llevo la sorpresa de mi vida

Era un hombrecito alto, de ojos azules y labios carnosos que parecían recién mordidos por alguien más. Torso ancho. Extremidades, aunque sin músculo, sí macizas, que denotaban fuerza. Llevaba una bolsa de viaje bien sujeta en la mano izquierda. Lo que lo hacía inconfundible era el cabello despeinado.

—Perdone que lo interrumpa, *monsieur*. Parece que está en algo realmente *important*, pero ¿podría darme su hora?

Su pronunciación era absolutamente gutural. En su boca, las erres se transformaban en jotas borra-chas. Además, entonaba cada una de las oraciones de tal forma que la última palabra se alargaba con un acento agudo.

—¿Mi hora?

—*Oui*, si es tan amable.

Me costó trabajo desviar la mirada de mi interlocutor, pero al fin lo hice:

—Claro... son las cinco de la tarde.

—Las cinco, ¿eh? *Merci, monsieur*. No logro encontrar mi reloj y me siento desorientado. ¡No sabe cómo lo lamento! Es un reloj que ha estado en la familia durante generaciones. ¡Tantas que ni siquiera sé cuántas, *imaginez!* Por no mencionar que algo debe valer. Es de plata, *vous savez?* No sé cómo lo perdí. Justo ahora, cuando más lo necesito. *Sacreblue!* La empresa en que participo con *monsieur* Fogg exige la mayor puntualidad. En fin... *Merci, monsieur*. Gracias por su hora.

Tan pronto como pronunció la última palabra, el hombrecito me dio la espalda y se dispuso a regresar a las páginas del libro. Pero no, yo no podía permitir eso así sin más. Aunque él habló con la mayor naturalidad, para mí aquella era una escena increíble.

—¡Espera! —le grité, escupiéndole cualquier palabra que me permitiera retenerlo; él se giró, sorprendido, y entonces añadí, con una voz más tranquila—: ¿Passepartout?

—*Oui*, soy yo.

—¿Passepartout, quien fue carpintero, malabarista y hasta bombero antes de servir a *mister* Fogg?

—El mismo, *monsieur* —respondió, mientras soltaba la bolsa y levantaba los brazos como si estuviera ante un público—. *C'est moi!* —E hizo una pirueta en el aire para que terminara de creerle—. Seguramente me habrá visto en alguna función. Yo, en cambio, no tengo el placer de conocerlo a usted, *monsieur*.

—¡Passepartout, no puedes haber perdido tu reloj!

—Pues me temo que así fue —se encogió de hombros.
—No, imposible. Necesitas ese reloj para que Verne cuente tu historia.

—¿Benny? ¿Quién es ese tal Benny?

—¡Tu creador!

Passepartout rio.

—Perdóneme, *monsieur*, pero yo no necesito que nadie me cree. Existo por mí mismo, por lo que soy y por lo que quiero ser, no por lo que otro haga de mí. *D'accord?*

—¿No lo comprendes? Sin tu reloj, la novela no funciona.

—¿Novela? ¿De qué habla?

—Claro, la de *La vuelta al mundo en 80 días*. Verne escribió la aventura en que acompañas a *mis-*
ter Fogg.

—¿Es decir...?

—Es decir que tú eres un personaje.

Soltó una carcajada:

—*Moi? Un personnage!* Pero ¡qué cosas tan graciosas dice!

—No bromeo. Eres un personaje.

—¿Cómo está usted tan seguro, *monsieur*?

—¿Acaso no saliste de ese libro? —lo cuestioné, al tiempo que señalaba el volumen de Verne—. ¿Y no pretendías volver a ese libro?

—*C'est vrai* —aceptó con la voz dubitativa de quien se avergüenza por no haberse dado cuenta antes de algo tan obvio.

—Vives en el libro. Nacistes en sus páginas y ahí ocurre cada uno de tus movimientos. Si murieras, lo harías dentro del libro. Sin embargo, como no lo haces, entonces nunca mueres, ni dentro ni fuera. No tengo idea de cómo rayos lograste salirte ahora, pero tu vida corresponde al libro y se circunscribe a lo que pasa en sus páginas.

—*Mais...* —intentaba masticar el muchacho.

—Sí, Passepartout: eres un personaje y, como tal, tienes ya un destino, uno fijo, definido, invariable e inmutable. Eres el personaje de una novela ya escrita; siempre vivirás la misma situación. Una y otra vez ayudarás a *mister* Fogg a llegar a Londres perfectamente a tiempo.

—*Quoi?* ¿Cómo sabe usted que lo lograremos?

—¡Porque he leído el libro tres veces, Passepartout! Y siempre ocurre lo mismo. *Siempre*, cuando conoces a Fix en Egipto, confías a ciegas en él y te vas de boca al hablarle sobre los planes de *mister* Fogg. *Siempre*, en cada oportunidad que tienes, retrasas el viaje por tu torpeza y pones en aprietos a *mister* Fogg, pero él *siempre* se las arregla para salir adelante. Y *siempre*, al final del libro, parece que perdieron la apuesta, aunque *siempre* haces un descubrimiento que permite que el milagro se cumpla.

Passepartout pareció reflexionar unos segundos. Sin duda, lo que le decía debía hacerlo cuestionarse muchas cosas. Yo mismo me puse en su lugar y me pregunté qué pensaría si de pronto algún desconocido

viniera y me contara que no soy más que un pobre, patético e insignificante personaje sin existencia propia. ¿Lo aceptaría con facilidad?

—Así que soy *un personnage, n'est-ce pas?* —preguntó por fin Passepartout, aturdido.

—Sí.

—Como D'Artagnan... Como Emma Bovary... Como Gavroche Thénardier...

—Así es, Passepartout: como todos ellos. Y, como todos ellos, eres el mismo y siempre lo serás. Estás destinado a actuar en la misma obra, con el mismo papel, por siempre.

Passepartout se puso muy serio. Bajó la mirada. La subió de nuevo. Abrió la boca. Prefirió cerrarla. Finalmente, pronunció unas palabras:

—*Monsieur*, le seré *honnête*: creo que está usted loco.

Lo miré sorprendido:

—¿Yo?

—*Oui*. Supongamos por un momento, sólo como algo *hypothétique*, que en verdad sea *un personnage*, una cuestión de la que, por cierto, no tiene usted mayor prueba que la que ha mencionado. Pues ¿acaso Napoleón no es también *un personnage* de decenas de biografías? ¿Vivir en los libros le quita la cualidad de persona y lo reduce a un mero *personnage*? Dejemos eso de lado y supongamos, como decía, que tenga usted razón en que no soy más que *un personnage*. Le concedo que los *personnages* experimenten

siempre la misma historia, pero piénselo bien: no todos. No, *monsieur*, sólo los muertos. *Et moi, je suis un personnage vif*. Sí, ¡vivo! Si usted me ha leído tantas veces, supongo que soy un éxito. Dígame: ¿hace cuánto que ese tal Benny me escribió?

—Un siglo y medio —redondeé.

—*Oh là là*: ¡un siglo y medio! ¿De verdad? ¡Pues ya ve usted qué vivo estoy! Más de lo que yo mismo pensaba —rio—. No muerto, como los *personnages* de novelas que jamás nadie leyó, que nunca inspiraron ideas ni dieron para nuevas historias. Esos *personnages* sí que viven siempre un solo y único destino. En todo caso, ¡yo, el único, el inigualable Passepartout, soy *un personnage vif*! Y estoy tan vivo que mi existencia tiene la *possibilité* de cambiar. Si no, ¿cómo explica que haya perdido mi reloj y que mi participación en la que, según usted, es una novela haya cambiado? *Mon Dieu*! ¡Qué bueno soy argumentando!

—No puedo explicarlo, pero eso no es una prueba de tu vida. Algo debió suceder; no entiendo exactamente qué, pero algo.

—¡Ahora es usted el escéptico! —soltó una carcajada—. Yo entré a su juego y creí que podía ser *un personnage*. Ahora usted también crea: los *personnages* cobramos vida.

—¡Imposible! —grité, desesperado.

—Sólo es imposible lo que usted se niega a creer. Repito: todo esto si es que acaso yo sea *un personnage*, como se imagina usted. *Seulement hypothétique...*

¡Porque de verdad es un sinsentido! —Passepartout levantó las manos y giró las palmas hacia arriba, para quejarse—. ¡Lo que hay que oír estos días! ¡Que alguien venga a decirme que soy *un personnage d'un livre*! De verdad... ¡qué descaro el de la gente!

—Pero es que... —intenté decir antes de que me interrumpiera.

—Le ruego que me disculpe, *monsieur*, pero no puedo quedarme a discutir tonterías: *monsieur* Fogg me pidió comprar un collar con un diamante y no puedo demorarme o perderemos el tren. *Au revoir*!

Y no bien hubo pronunciado la última sílaba, regresó al interior de las páginas.

Me quedé anclado a mi silla, con la mirada petrificada en dirección al libro que había visto abrirse y cerrarse como si fuera la puerta entre dos mundos. En mi cabeza retumbaban con fuerza las palabras *personaje y vida*.

De pronto, me sobresalté.

—¿Qué? —pregunté en voz alta, como si aún tuviera con quién hablar—. ¿Un collar con un diamante? ¡Eso nunca sale en la novela! ¿Para qué demonios quiere eso *mister* Fogg?

Me apresuré a abrir el libro de tapas azules en el lugar donde había pausado la lectura unos minutos atrás. Ayudado por el separador, lo abrí justo en la página 107, donde se hablaba de la llegada de los viajeros a Allahabad. Sí, todo estaba bien. Pero sólo hasta ese punto. Di vuelta a la página. No podía creerlo:

ilas hojas estaban en blanco! También las siguientes dos y las siguientes y las siguientes. De ahí hasta la pasta dura que cerraba el volumen: todo en blanco.

Sólo entonces comprendí lo ocurrido. Al sentarme a estudiar *La vuelta al mundo en 80 días* y poner mi imaginación a trabajar en la creación de una nueva historia, había liberado a los personajes del destino impuesto por su autor original. Al ponerme a imaginar a mis propios personajes, los había despertado de un largo sueño; les había dado la libertad de empezar a ser nuevos personajes, los personajes que entre ellos y yo, su nuevo padrastro, quisiéramos que fueran. Personajes vivos... sí... Passepartout, el nuevo Passepartout, tenía toda la razón. Y por eso la historia de la vuelta al mundo en tan sólo 80 días estaba apenas por escribirse.

Pero ¡por Voltaire! Toda vida tiene consecuencias a su alrededor, y la vida de estos personajes ya empezaba con algunas que resultarían funestas. ¡El reloj de Passepartout! ¿Qué le habría ocurrido? ¿En verdad lo habría perdido por algún descuido? ¿O acaso se lo habría robado algún otro personaje que comenzaba a disfrutar de una nueva vida y se estrenaba en la existencia con un crimen?

Me preocupé. En verdad lo hice. Y es que, como dije en el capítulo anterior, si Verne lograba que el lector de *La vuelta al mundo en 80 días* entendiera cómo era que los viajeros ganaban un día en su aventura, ocurría gracias al reloj de Passepartout. Por eso

yo no podía dejar que él anduviera por la vida sin ese objeto o, de lo contrario, la novela entera se vendría abajo. Y si eso sucedía, la mía jamás tendría razón de ser. ¿Qué habría pasado con aquel cacharro de manecillas? A la vez, me emocioné: ya tenía el caso policíaco para mi nueva novela. El juego estaba en marcha. ¡Era tiempo de resolver el misterio del reloj robado!